

ignorancia, etc. Ah! Los ilusos nunca comprendieron que aquella reforma que tan gallardamente triunfaba del *extremismo* de las izquierdas y de la terquedad de las derechas, estaba animada por las ideas renacientes de la generación del 89.

Pero... No sabemos cómo estas divagaciones políticas se han apoderado del papel en que escribíamos sobre Pascal y los modernistas franceses; divagaciones incongruentes y desatentadas; pero que, ya escritas, no queremos borrar, para que sirvan de risa a muchos y de motivo de estudio a unos cuantos aficionados a descubrir el hilo misterioso que une todas las cosas.

JOSE TOMÁS ESCALLON, M. A.

EL DOCTOR JOSE IGNACIO DE MARQUEZ

(Vida del doctor José Ignacio de Márquez », por Carlos Cuervo Márquez, 2 volúmenes (Bogotá, Imprenta Nacional, 1917-1919)

I

En los momentos en que el país se prepara a presentar en bronce a las presentes y futuras generaciones la imagen del doctor José Ignacio de Márquez, en el lugar de su nacimiento, en testimonio de que fue uno de los fundadores de la República, un eximio jurisconsulto, un orador eminente y uno de sus más probos y dignos gobernantes, Carlos Cuervo Márquez, descendiente del prócer, ofrece a sus contemporáneos como demostración de que su ilustre abuelo merece los honores que se le dispensen, la vida del ciudadano que a los 27 años presidió el gran Congreso de Cúcuta y señaló a Bolívar, para que lo ocupara, el sillón de la Presidencia de la Gran Colombia.

El autor de la obra no se limita a hacer una biografía del doctor Márquez, al estudiar los hechos más notables de su vida; echa una ojeada sobre la época en que existió y traza los principales acontecimientos políticos del tiempo. Es tal vez esta manera una de las mejores de estudiar la historia de las naciones, aprenderla en la vida de sus grandes hombres, escrita en forma de biografías o en la más interesante aún de memorias donde se puede abarcar una serie de sucesos que complementan el cuadro que se desea trazar, en los que el testimonio ocular le da excesiva autoridad al retrato. El hecho de ser el biógrafo un pariente cercano del personaje cuya historia se escribe, ha sido encomiado por algunos críticos, porque él puede conocer documentos, episodios y detalles que no están al alcance de otra clase de investigadores. Por eso se ha celebrado el que un hijo de Tennyson se hubiese dedicado a trazar la vida del ilustre poeta, el que León Daudet enriqueciese la literatura francesa con el libro sobre el gran novelista que le dio su nombre, y Paul Marguerite con la biografía de su esclarecido ascendiente.

¿Quién no habrá leído entre nosotros con deleite la «Vida de don Rufino Cuervo» escrita con amor, en el estilo incomparable por su sencillez y elegancia, de sus hijos Rufino José y Angel, dos artistas del lenguaje? De merecida reputación es la historia política e íntima de don Ignacio Gutiérrez Vergara, obra desgraciadamente inconclusa, del distinguido escritor Ignacio Gutiérrez Ponce. A estas producciones notabilísimas, debidas al afecto filial y al deseo de que la verdad y la justicia anden unidas, como deben estarlo, viene a agregarse la de Carlos Cuervo Márquez, antiguo Presidente de la Academia Nacional de Historia de Colombia y miembro correspondiente de la de Venezuela y de otras Socie-

dades científicas nacionales y extranjeras (1). A tales títulos, ganados por trabajos de prehistoria nacional, de mérito indiscutible y por estudios históricos que los aficionados a esta clase de ejercicios y esparcimientos intelectuales, han sabido avaluar, lo autorizaban para dedicarse a una obra magna, como a la que acaba de dar término, sus dotes de escritor de estilo claro e interesante, sus variados conocimientos, su temperamento sereno, la perspicacia de su talento, sus cualidades de político, sus condiciones de diplomático y su destreza en el manejo de los asuntos públicos que le han dado el desempeño de los Ministerios de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública.

El doctor Márquez, de familia distinguida, en la que el español y el portugués se unieron para formarla, oriundo de Ramiriquí, donde pronto el bronce pregonará la fama de sus virtudes y talentos, vino a estudiar a San Bartolomé y allí se preparó para ingresar al cuerpo de abogados de la Nueva Granada, después de diez años de estudios. De la brillantez y profundidad de ellos y del lucimiento con que empezó su carrera pública, se puede juzgar por el hecho de verlo en 1821, cuatro años después, de Presidente del famoso Congreso de Cúcuta, en cuyos actos influyó decisivamente por su clarísimo talento, su vigor en el razonamiento, sus dotes de orador, la moderación de sus principios y de su carácter, el equilibrio de sus facultades y su vasta ilustración; puesto en que tuvo la gloria de dar posesión de la Presidencia de la República a Bolívar, y a Santander de la Vicepresidencia.

El perteneció desde su iniciación en la carrera pública al bando estrictamente legalista que en la pri-

(1) «Don José M. Marroquín íntimo,» por su hijo el señor J. M. Marroquín, es más bien una especie original de autobiografía.

mera constitución de la Gran Colombia se mostró demasiado idealista, porque si a esta ilustre Asamblea cupo el honor de expedir la Ley fundamental de Nueva Granada y Venezuela, reunidas con el nombre de Colombia; de darle a este país leyes útiles y sabias en lo relativo a la instrucción pública, a la hacienda, sobre imprenta, abolición de la esclavitud y sobre muchos otros ramos de administración, pues en cinco meses de sesiones su laboriosidad suma alcanzó a dar curso a treinta y nueve leyes, al darle a la nueva República su Constitución, se mostró más teórico que práctico. Se daba el paso de la tiranía a la libertad, y del territorio que se erigía en República soberana no habían salido aún los ejércitos del Soberano contra cuyo dominio se luchaba con bravura y con inmensos sacrificios, y sin embargo se quería ya recoger en un momento el fruto de la codiciada libertad, se deseaba que el Gobierno arrojara al enemigo hasta de los últimos rincones del país y que respondiera de la paz, y se le escatimaba su fuerza. Es innegable que en la Constitución de Cúcuta no se dio el ensanche debido a la potestad ejecutiva, desde el momento que el mismo Código sancionaba en algunos casos la dictadura y reconocía así la impotencia de la ley para asegurar la paz. Al expediente ideado por el artículo 128 de la Constitución, debió ésta su propia ruina (1).

Desde los principios de la República hasta hoy los Congresos han creído que se evita la dictadura debilitando la fuerza del Poder Ejecutivo, y la experiencia aún no nos ha enseñado que los únicos a quienes no se ata las manos con leyes es a los dictadores, porque su temperamento no les permite dejarse ahogar con el dogal que se pretende ponerles al cuello. Y si esto no

(1) Baralt y Díaz. *Resumen de la historia de Venezuela*. Chivo Rosario Histórico

se vio entonces, en 1821, por falta de experiencia, de espíritu práctico, y por adaptarse a teorías aprendidas en los libros, hoy no nos han enseñado nada los desengaños y un siglo de práctica del sistema representativo. Se deja así entrar el lobo fácilmente en el aprisco, en la creencia de que con prohibiciones de cierta clase no devora a las pobres ovejas. Todavía no nos hemos convencido de que a los pueblos les entra nostalgia de dictaduras cuando ven a los gobernantes maniatados por la ley.

En el Congreso se discutió larga y acaloradamente si debía la república organizarse según el sistema federal o el central, y el doctor Márquez fue uno de los ardientes partidarios del primero. Su distinguido nieto ha heredado su adhesión al sistema federal, y, como su ilustre abuelo, cree que si se hubiera organizado una república federativa y no central como la formada, se hubiese tal vez evitado la desorganización de la Gran Colombia. Fueron tantas las causas que obraron en la secesión de Venezuela y el Ecuador de Nueva Granada, entre ellas, principalmente, la de la ambición que corroe el corazón y entibia el patriotismo, no sólo de militares soberbios y engreídos, sino de los más eminentes próceres, que no podría comprobarse que el sistema central fuera el único responsable de la terrible catástrofe. Lo que sí es innegable es que el federalismo ha sido desde los albores de la independencia la manzana de la discordia, y que cuando ha llegado a ponerse en práctica el sistema, ha dado los resultados más funestos en nuestra república. Si el centralismo se impuso en 1886 para acabar con la anarquía a que había llegado el país bajo el sistema federal, ¿no habrá influido poderosamente el que lo sustituyó en asegurar los treinta y tres años de la dominación de ideas de orden y de jus-

ticia que dos revoluciones no han podido quebrantar? (1)

El doctor Márquez continuó después del Congreso ocupando puestos notables en todos los ramos de la Administración, como Secretario de Estado, miembro de Convenciones y Congresos, intendente del Departamento de Boyacá, y estuvo dos veces encargado por algunos meses de la Presidencia de la República, como Vicepresidente. En todos ellos llevó a cabo mejoras notables y en todos se distinguió por su moderación, su espíritu conciliador, su probidad, rectitud y sus vastas capacidades.

Esta labor activa y eficaz del doctor Márquez en el servicio público no era sino la preparación para el desempeño de otra más importante y de una trascendencia inmensurable, la de la Presidencia de la República, de la que trata el señor Cuervo Márquez en el segundo tomo de su notable libro, cuyo examen merece capítulo aparte.

II

Al hacer una exposición sobre las materias tratadas en el segundo volumen de esta importante obra, debe principiarse por los prolegómenos del hecho culminante en la vida del doctor Márquez, que es al mismo tiempo el asunto capital del tomo, cuya reciente aparición nos ha cumplido anunciar. La campaña electoral de 1836 y el período presidencial que siguió a ella, llevan naturalmente a tratar de hombres y sucesos que se relacionan con una de las épocas más notables de nuestra historia política, como la de la formación o, mejor dicho, el origen de nuestros partidos.

(1) Las rivalidades entre venezolanos y granadinos de que después hablaremos influyeron igualmente en la separación de los pueblos.

La malquerencia entre venezolanos y granadinos se hizo sentir desde los primeros años de la guerra de la independencia, y es innegable que en los partidos que comenzaron a formarse en Bogotá durante la ausencia de Bolívar en el Perú, entraron por mucho las rivalidades entre los dos pueblos, las que se acentuaron con el fusilamiento del general Leonardo Infante, el juicio contra el doctor Miguel Peña y la acusación del general Páez ante el Senado de la República. En el partido adverso al Libertador que tomó forma cuando el grande hombre regresó de sus gloriosas campañas del Ecuador y del Perú, formaban no sólo los influídos por el funesto espíritu filosófico de los políticos españoles de principios del siglo XIX, los que se llamaron amigos del derecho y del imperio de la Constitución de Cúcuta, que después se apellidaron civilistas, sino los enemigos del poder militar, del que se creía principalmente partidarios a los militares venezolanos. Los amigos del padre de la patria eran adictos a los gobiernos estables y fuertes y consideraban a Bolívar como el árbitro supremo de los destinos de Colombia.

El general Santander no quería solamente que hubiese gobiernos sólidos y vigorosos: en el ejercicio del poder después de 1820 se mostró igualmente partidario del gobierno militar y del fusilamiento por delitos políticos. Enemigo formidable del federalismo, decía que pueblos a quienes era desconocido el nombre de libertad, no podían gobernarse por el sistema federal, y en 1825 escribió que se había hecho bastante con haber hecho callar al partido liberal federalista. Era inclinado a la monarquía constitucional y a que se hiciese una confederación de Colombia, Perú y Bolivia, bajo el gobierno de Bolívar como Presidente vitalicio. Abominaba de los demagogos y de sus ideas filosófico-religiosas; no ocultaba sus creencias católicas y si permitió la enseñanza

de la filosofía utilitaria y sensualista por los textos de Bentham y Tracy, lo hizo más como acto de tolerancia, que pudiera llamarse imprudente y funesto, porque siempre fue católico práctico, y como tal murió, y consideraba la religión como elemento esencial del orden social. Si Santander en política fue siempre conservador y vivió y murió como católico, ¿qué vínculos lo unieron con los liberales que él llamaba demagogos? ¿Por qué llegó a ser el jefe del partido que se apellidó «constitucional» y «antiboliviano,» una de cuyas fracciones llevó su criminal fanatismo hasta atentar contra la vida del hombre noble, que tanto hizo en favor de Santander, y a quién éste llegó a apellidar «hombre heroico y extraordinario,» al que «debe eterna gratitud»? No debieron influir en su conversión las facultades extraordinarias de que Bolívar se revistió en 1826 al regreso a Colombia, porque Santander las llamó «muestras de ilimitada confianza que los pueblos le daban a los actos de dictadura en que se apoyaron esas facultades, permitidas igualmente por la Constitución» (1). No pudieron ser diferencias cardinales en ideas políticas, ni pretextos legales, que se alegaron entonces, porque el mismo Santander ejerció ilegalmente por unos meses el mando en 1827, por resolución del Libertador redactada y presentada a su firma por el mismo Santander, con fecha falsa (2).

Como las cuestiones personales son generalmente generadoras de sucesos políticos que vienen luego a tener resonancia en las ideas, el desconcierto del General Santander, al ver de nuevo a Bolívar en la presidencia de la República que él había ocupado tranquilamente por varios años, ocasionó en él una emulación

(1) M. A. Caro—*Memorias del general Posada*.

(2) *Memorias del general Joaquín Posada Gutiérrez*.

con este ínclito caudillo, que contribuyó al rompimiento definitivo entre estos dos grandes hombres y a que Santander llegase a encabezar el partido «constitucional, liberal, antiboliviano.»

Muerto el Libertador y desvanecidas las ilusiones que algunos abrigaron en el éxito del movimiento militar que dio por resultado la dictadura del General Urdaneta, el partido boliviano puede decirse que se disolvió y que no quedaron de él sino grandes personalidades como García del Río, Restrepo, Herrán, Mosquera, etc., que no pudieron sino presenciar inactivamente el dominio del partido liberal, con el que vino a gobernar Santander exclusivamente en 1833.

Pero, por un fenómeno que no es raro en la historia, y que en estos momentos se cumple en Europa, el partido que se llamó «civilista,» y que tanto abominó del «militarismo,» en que se decía se apoyaba el gran Bolívar, al verse dueño del poder, ejercido por su jefe, se convirtió en partido militar, entre cuyos caudillos comenzaron a desarrollarse apetitos y ambiciones. Sucedió así que al terminarse el período de mando del General Santander, éste y su círculo quisieron imponer al país un Presidente de espada, el General Obando. En el partido liberal se delinearon dos tendencias: la de los elementos exagerados intransigentes y violentos que dominaban en el Gobierno y que se manifestaban en la prensa, donde se hacía muy sensible el temperamento rencoroso, irritante y susceptible del general Santander, y la de los moderados, cansados ya de los gobernantes de charreteras y espada, que no veían tampoco en los que fueron bolivianos enemigos irreconciliables, dignos de exterminio, que debieran ser alejados definitivamente de los puestos públicos. Al presentarse la época electoral, los civilistas, que fueron llamados por sus adversarios el partido de

la «casaca negra,» lanzaron la candidatura del doctor Márquez para Presidente de la República, en oposición a la del general Obando, defendida por los que formaban el grupo «militarista,» y apoyada francamente por el general Santander por motivos personales y políticos. Este no tuvo inconveniente en decir que su candidato era el general Obando, porque el doctor Azuero con sus teorías podía llevar al país al galope al abismo, sin perjuicio de que fuese después partidario de su candidatura cuando el otro había salido ya del juego; porque ser amigo del doctor Márquez, decía, era lo mismo que serlo del fanatismo y del bolivianismo. Planteada la cuestión electoral, según dice el doctor Gutiérrez Ponce, entre el civilismo, la ilustración, la virtud y la tolerancia, lo que representaba la candidatura del doctor Márquez, por una parte, y el militarismo, la pedantería, la corrupción y la intransigencia, simbolizados en la de Obando, por la otra, el país optó por la primera y el doctor José Ignacio de Márquez fue elegido Presidente de la República en 1837 (1).

Este veredicto del país fue no sólo la condenación del Gobierno que terminaba y la censura franca del círculo intransigente y violento que rodeaba al Presidente, sino la opción entre el que era por algunos considerado como el responsable de la muerte de Sucre y había sido jefe de un Gobierno duro y vengativo, y el hombre que había dado en su corta administración como Vicepresidente prendas innegables de capacidad, de tolerancia y moderación.

En el general Santander hubo dos períodos perfectamente demarcados y distintos. El del prócer, el organizador de la República, habilísimo administrador, el gran patriota amigo de Bolívar y admirador de

(1) Don Ignacio Gutiérrez Vergara, por su hijo Ignacio Gutiérrez Ponce.

su genio y sus virtudes cívicas, y el del político que vuelve a su país lleno de rencor y de despecho, que odia todo lo que se ha llamado y se llama boliviano, como la encarnación del fanatismo y de la dictadura. Con su carácter fogoso, dominante e irritable no podía permanecer indiferente en una lid en que se jugaba su predominio político, su autoridad y el influjo decisivo del grupo que lo acompañaba, y así puso todo el suyo como particular y como gobernante en favor del general Obando.

Como al doctor Márquez no le ponían sus adversarios otra objeción que la de ser hombre civil y ser el Vicepresidente de la República, lo que no era impedimento si no había ejercido la Presidencia dos años antes de la elección, el partido que sostenía a Obando fue perdiendo amigos, que engrosaron el de los sostenedores de Márquez formado ya por los liberales moderados y los antiguos bolivianos, quienes temerosos de Obando, aguardaban de parte del otro serenidad y justicia.

Elegido Márquez se temió que el grupo violento se opusiese a su posesión y tratara de impedirla, como parece que estuvo decidido, pero la fuerza de la opinión que lo favorecía, lo impidió. De cómo inició su Administración, y de qué manera correspondieron los vencidos a las muestras que dio de benevolencia y de conciliación, se verá en otro artículo.

(Concluirá).

JUAN A. ZULETA

